

PANORAMA HISTORICO DEL TEATRO DE TITERES EN CHILE

por HUGO CERDA

Del Centro de Investigaciones del Teatro Nacional del ITUCH

Si queremos desentrañar los orígenes de las primeras manifestaciones titiritescas en Chile, no debemos buscarlos en los espectáculos teatrales ni en la vida mundanal de nuestra burguesía colonial, sino en las plazas públicas, en las ferias, en las barras o en todos aquellos centros de diversión popular como las chinganas y las fondas, lugares donde se concentraba el jolgorio y la alegría de nuestro pueblo.

Ello tendría su explicación en el hecho de haber sido el teatro de títeres una eventual y aislada expresión de algunos aventureros extranjeros que recorrían nuestro país con sus retablos. Con ellos llegaron los acendrados prejuicios que existían en España e Italia contra estos artistas ambulantes, y no es extraño entonces, que muchas veces se les haya negado determinados lugares públicos para trabajar con sus muñecos.

Resulta extraño constatar que a estas alturas no exista un solo estudio, no aún parcial, sobre las actividades de los volatineros y titiriteros en nuestro país. Los historiadores y estudiosos de nuestro folklore y de nuestras costumbres han olvidado una página importantísima de nuestra historia, quizás la menos espectacular, pero no hay duda la más grata al espíritu popular.

El teatro en Chile nunca fue un espectáculo popular, y el cine mudo hace oficialmente su entrada al país sólo a comienzos de este siglo. Frente a esto alienta preguntarse: ¿cuáles fueron las formas teatrales que con mayor fuerza alcanzaron al pueblo en los siglos XVII, XVIII y XIX?. No hay duda que existieron algunas formas de diversión muy difundidas, que hoy día han pasado a constituir espectáculos organizados artística y materialmente. Nos referimos a los prestigiatos, acróbatas, volatineros y titiriteros.

Sabemos que estos artistas no contaron con el favor de las autoridades nacionales y más aún, fueron confinados a una situación de la cual sólo eran hasta entonces partícipes los mendigos, vagabundos y aventureros. Oreste Plath se refiere a ellos como parte integrante del llamado "teatro de la mendicidad".

Es cierto que nunca los títeres en Chile han alcanzado la calidad de estrellas teatrales, como para exigir un lugar de privilegio en el curso de nuestro desarrollo social y cultural. Pero tampoco podemos olvidar que en una época fue un arte realmente popular y tuvo una amplia difusión en nuestro país. Feliz-

mente las historias de estas expresiones populares siempre han estado escritas en la naturaleza de cada pueblo y no en los libros de los sabios y de los eruditos.

No hay duda que el teatro de títeres en Chile es un arte sin historia, donde a pesar de haber tenido la repercusión y difusión que tuvo en otros países como México, Argentina y Perú, fue escalando silenciosamente posiciones que a estas alturas podemos juzgar con mayor serenidad.

Muchas veces el mayor problema de estas actividades es que no se han acotado las partidas de nacimiento y de defunción de sus cultores, de sus muñecos y de sus obras. Será la tradición oral la que conservará celosamente estos materiales y es por eso que la labor de recopilación histórica se hace más ardua y difícil.

En la búsqueda de los orígenes

Ya dijimos que son muy escasas las noticias que se tienen sobre los primeros espectáculos de teatro de títeres en Chile. Se desconoce la fecha exacta de la llegada de estos artistas al país, y más aún, se ignora quienes fueron y en qué condiciones llegaron.

Aunque Eugenio Pereira Salas asegura que las primeras funciones de títeres sólo comenzaron a organizarse a partir de 1813, creemos que anteriormente podemos encontrar algunos antecedentes que nos ayudarán a aclarar muchos puntos oscuros sobre estos espectáculos.

Ya dijimos que no existen referencias precisas sobre los orígenes. Las actas de los cabildos de Santiago, Valparaíso y Concepción no registran ninguna información sobre las actividades titiritescas. De la misma manera, las actas de referencia sobre los viajeros extranjeros llegados a Chile, no nos hablan de ningún artista titiritero que hubiese solicitado permiso para instalarse en nuestro país. De ello se desprende que en los siglos XVII y XVIII, si existieron en realidad títeres, los que animaban estos espectáculos no entraron al país como tales, sino que en el curso de su permanencia se convirtieron en titiriteros.

En el país en aquella época no existía en la práctica el oficio de titiritero, ya que la mayoría de sus animadores posiblemente eran artesanos o artífices que aprovechaban de ganar algunos pesos con sus

retablillos en fiestas tradicionales y acontecimientos nacionales como la entrada de algún nuevo presidente, el paseo del estandarte, la jura de reyes, fiesta de Navidad y festividades de índole religiosa.

No podemos afirmar en forma categórica que estos artistas fueron perseguidos por las autoridades nacionales de la Colonia, como sucedía en otros países, pero no hay duda que se les relegó a una condición por lo demás humillante y deshonrosa.

"No puede negarse que los cómicos están reputados como personas infames y de una vida relajada, por cuyo motivo en algunas parte se les priva de los sacramentos"¹, escribía en 1778 el obispo Alday al Presidente Agustín Jáuregui, oponiéndose a la concesión de un permiso para abrir un teatro permanente.

Esa oposición de la Iglesia a todo aquello que constituía diversión popular, fue la nota que predominó en estos años y ello a causa de la actitud anticlerical y antirreligiosa de las farsas y de las comedias teatrales o de títeres. Por ejemplo, en el siglo xvii, el "celoso y casi frenético obispo Humanzoro", llegó hasta amenazar con prisión de 4 años para aquellos religiosos o civiles que participaran en aquellas fiestas profanas con que se acompañaba la celebraciones del apóstol Santiago, la de San Juan Bautista y la de la Concepción. En estas fiestas se hacían juegos de sortijas y cañas, comedias y autosacramentales, corridas de toros y posiblemente algunas funciones de títeres.

Creemos que en estas "mojigangas" se hacían títeres, porque en España se hacía regularmente, y estas celebraciones a su paso a Hispanoamérica conservaron todos sus elementos tradicionales.

Debemos recordar que en México y en el Perú la Inquisición había tomado cartas en el asunto, infringiendo serios castigos a aquellos volatineros y titiriteros que se burlaban de las "cosas santas". En Chile felizmente la Inquisición no tuvo las desmedidas atribuciones de los virreynatos, ni los artistas ambulante fueron tan abundantes como en aquellos países.

La naciente y ociosa aristocracia criolla reclamaba insistentemente en el siglo xviii por la falta de diversiones adecuadas para sus veladas. Generalmente exigían la presencia de espectáculos dramáticos de mayor alcurnia y no "una de aquellas mojigangas y títeres de Maese Pedro que tanto hacen reír a Sancho y enojaba a su amo"².

Paul Mcpharlin, el prestigiado historiador de los teatros de muñecos en su libro "Puppets in America since 1739 to day"³ menciona la obra de Francisco Machuca "Escenas militares coquimbanas" como fuen-

te de información en la representación de un entremés en La Serena en 1796, el cual tenía por personaje principal un negro apodado "El Moroco", que se haría muy popular años más tarde entre los titiriteros. Según Mcpharlin, no se sabe si este entremés fue representado por muñecos o actores humanos, pero dado el hecho de no existir entonces en La Serena ningún actor o compañía teatral, lo más seguro es que hayan sido títeres los actores principales de este entremés.

Probablemente se haya presentado títeres en 1693 en Concepción, entonces capital de Chile, con motivo de la recepción del Presidente Marín de Poveda. En aquella oportunidad, a decir de los cronistas se "representaron 14 comedias y otras diversiones"⁴.

En 1778, en el gobierno de Agustín Jáuregui se había instalado en Santiago un pequeño teatro provisional en el cual se dieron algunos autosacramentales, sainetes y comedias, y además actuaban de vez en cuando algunos volatineros. Estas reuniones se celebraban especialmente en Navidad y contaban siempre con numerosa asistencia. Por causas que más adelante explicaremos, creemos que esos volatineros hicieron espectáculos con muñecos.

Bajo el patronato de este mismo gobierno se dio permiso a José Rubio para dar comedias, sainetes, entremeses y tonadillas de Navidad"⁵. A este Rubio lo encontramos anteriormente dando títeres y organizando numerosos otros espectáculos con muñecos en el Perú. No sabemos si acaso reeditó en Chile sus aficiones por los títeres.

En Copiapó hacia 1796 se hacía referencia en algunos expedientes oficiales a un tal Pedro, alias el Titiritero cuyas trampas, remedos y trapisondas lo hicieron famoso por aquellos años.

En Talca tenemos noticias más exactas y que nos hablan de numerosas funciones de títeres que se realizaban regularmente en el siglo xviii y que tuvieron auge en la primera mitad del siglo xix. En 1780 ya se organizaron representaciones teatrales en Talca y posteriormente los hacen los teatros de títeres, que más que espectáculos públicos eran recreaciones de tipo familiar. El valioso testimonio de Gustavo Opazo Maturana nos pone en antecedentes sobre estas actividades. Dice Opazo: "La monotonía colonial era sacudida por el bullicio de los payasos que recorrían las calles provocando curiosidad del público por sus funciones".

Este espectáculo no agradaba a la gente culta, lo que determinó a las autoridades prohibirlos. Sin embargo, dejaron recuerdos imborrables las compañías de títeres con sus característicos personajes vestidos de

colores chillones y que remedaban ya la vida de un vecino o representaban una historieta regocijante.

"El reglamento de patentes dictado el 8 de abril de 1854 por la Municipalidad, disponía: Los títeres pagarán 0,50 por función⁶.

Resulta curioso constatar que a pesar de haber "dejado recuerdos imborrables" y de haberse establecido una patente especial para estos espectáculos, no existen descripciones de los artistas que estaban tras los retablillos o detalles de sus obras.

El teatro de títeres tiene cierta similitud con el folclore, aunque este arte no tuvo ese carácter en Chile. Fue una expresión artística anónima, cuyas obras se traspasaban entre los artistas y cuya trascendencia siempre dependió de la fragilidad o de la fortaleza de la tradición popular.

Cómo fueron los primeros espectáculos titiritescos

Trataremos de aclarar este punto remitiéndonos a las fuentes de información españolas, italianas o argentinas, y así tener una descripción de los retablos y de los artistas que se presentaron en Chile en los primeros años de nuestra República. No hay que olvidar que la mayoría de los titiriteros que deambulaban por nuestro país en los siglos XVIII y XIX eran de estas nacionalidades. Creemos que ellos conservaron intactas las mismas formas de trabajo que pusieron en práctica en sus países de origen.

Varey en su "Historia de los títeres en España" nos habla de dos tipos de compañías de títeres que abundaban en la Península Ibérica en esos siglos y que acostumbraban a realizar frecuentes jiras o viajes definitivos a Hispanoamérica. Las pequeñas compañías o artistas individuales se presentaban al aire libre o en mesones con sus teatritos de mano.

"Existían además compañías más complejas que actuaban en los corrales de comedias y representaban obras con sus muñecos. En categorías semejantes pueden desdoblarse también las compañías de acróbatas, funcionando en las plazas públicas y otros teatros populares"⁷.

El mismo Varey aclara la posible confusión que existió en aquel siglo sobre el doble papel que le correspondió desempeñar a los titiriteros y a los volatineros. "Desde el siglo XVI en adelante (hasta el siglo XVIII) hay tanta confusión entre la terminología de estos representantes, que no es posible estudiarlos unos sin ocuparse también de los otros. Además los titiriteros solían formar parte de compañías de representantes que ofrecían una variedad de diversiones". Y también se puede ver que, por los años 1660, se habían confundido las voces "volatín" y "títere". Vola-

tín se usa como sinónimo de títere. En el siglo XIX se usaba la palabra "títere" para denominar un acróbata"⁸.

De todo esto podemos concluir que los titiriteros figuraban muchas veces bajo el nombre de "volatinos", los cuales a su vez eran artistas múltiples, ya que además de hacer acrobacias en cuerdas, eran consumados malabaristas y prestidigitadores.

Además las noticias que nos llegan sobre las representaciones de entremeses, mojigangas, comedias y bailes que se hacían con títeres, la mayoría de las veces no se menciona este género y sólo se refieren a aspectos relacionados con las obras, sin mencionar si estas fueron representadas por actores humanos o muñecos. Vayan estas aclaraciones a causa de la abundancia de noticias que existen en el siglo XVIII y XIX en Chile sobre las funciones de comedias, sainetes, entremeses y otros géneros, y fundamentalmente sobre la actividad de los volatineros, pero en la mayoría de los casos no se menciona la palabra "títeres". Quizás allí encontraremos la causa de la aparente falta de informaciones que tenemos sobre estos espectáculos en nuestra Colonia.

No pretendemos con ello asegurar enfáticamente que en Chile existieron teatros de títeres en el siglo XVIII, ya que estaríamos con ello falseando los hechos históricos. No podemos olvidar de que "no hay datos precisos de títeres de guante en España hasta 1760 y que sólo a mediados del siglo XVIII lograrían su entrada en los corrales y los teatros⁹.

Probablemente fueron los artistas italianos los que llevaron esta modalidad de muñecos a España, ya que allí sólo se conocían las marionetas y los llamados "autómatas".

Mal entonces podríamos pensar que en Chile hubo títeres de guante antes que en España, salvo que haya actuado algún titiritero italiano en nuestro país, hecho que nos parece improbable.

Todo ello nos hace pensar que si en Chile se desarrollaron estas actividades, ellas tuvieron sus inicios a fines del siglo XVIII.

"El primer teatro construido en Santiago fue en el Basural de Santo Domingo, en el sitio que poseyera don José Santos Fuenzalida, que más tarde se llamó la Plaza de las Ramadas. Los autores fueron Oláez y Gacitúa, y el comerciante Judas Tadeo Morales".

"Era este un retablo sobre una peana labrada con 7 figuras decorativas que adornaba sus frentes y un gran cartel adosado con el anuncio del programa de la función que se iba a representar a la hora del espectáculo y se colocaba una mesa con 4 cajones para recoger el dinero de la entrada".

"Las funciones que allí se ejecutaban eran de dos clases: las comedias del repertorio español o bien las nacionales, y en segundo lugar, las funciones de volatin"¹⁰.

Tiene para nosotros mucha importancia la presencia en Chile de Oláez y Gacitúa, que además de haber sido el primer acróbata conocido en Buenos Aires, organizó un circo ambulante en esa capital. Después de haber fracasado en su intento de organizar un teatro estable en Chile, éste se vio impulsado a emigrar a provincia y organizar funciones de comedias y volatin en Talca, Concepción y otros lugares.

Oláez había llegado a Buenos Aires en 1787, donde logró asociarse con su rival Joaquín Duarte. Juntos en 1791 ofrecieron una serie continuada de funciones de títeres, para posteriormente continuar sólo Oláez a través del Virreinato de la Plata.

Tenemos conocimiento, además, de la presencia en Chile de dos volatineros que pasaron a Santiago desde Buenos Aires en 1810 y que cumplieron numerosas presentaciones en nuestro país: Manuel Olabarrieta y José Cortés, que al igual que Oláez, no sabemos si hicieron representaciones de títeres al igual que en el Virreinato.

El teatro de títeres en el siglo XIX

A través de los antecedentes que hemos entregado sobre los orígenes de estas actividades en Chile, no hay duda que a pesar de su vaguedad e imprecisión, nos podemos dar cuenta claramente de que los grupos de títeres no dejaron de tener cierta importancia en las diversiones familiares y públicas del siglo XVIII. Pero creemos que es fundamentalmente en el siglo XIX cuando estas expresiones adquieren mayor relieve, ya que en esta época las noticias que nos llegan sobre estos espectáculos son más abundantes.

En el período denominado Reconquista, el títere de guante o quizás la marioneta, se constituyó aisladamente en un feroz crítico del régimen español imperante. El Presidente Marcó del Pont, que se vanagloriaba de ser un gustador del teatro, fue muchas veces el centro de numerosas sátiras y farsas, y no es extraño que las fuerzas represivas de la Colonia hayan aplicado prohibiciones y sanciones a estos artistas. Posiblemente tras estos retablillos se haya alentado una actitud de rebeldía por parte de los patriotas, aunque no existe ningún documento que lo confirme.

El uso del títere con fines de sátira política parece que se practicó muy a menudo en aquellos años, ya que existen numerosas noticias que lo confirman. Don Diego Barros Arana se refiere a una representación de títeres que se realizó en el Templo de

San Agustín de Santiago, para la Pascua de 1837. Uno de los muñecos representaba al diplomático Don Antonio José de Irisarri, que era encarnado por un personaje llamado Don Singuisarri. Irisarri era despiadadamente atacado y satirizado con motivo de la firma del Tratado de Paucarpata que puso término a la primera etapa de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

En Santiago, uno de los más grandes impulsores del teatro de títeres fue don Mateo Jeria, de nacionalidad peruana. Este había tenido un sonado fracaso con sus muñecos en 1867 en el escenario del Jardín de Recreo en Valparaíso. Impulsado por estos acontecimientos, emigró definitivamente a Santiago, donde se presentó regularmente con sus muñecos en el Teatro de la Plaza Nueva, en la calle Gálvez. Sus funciones atraeron numeroso público y por algunos años no tuvo rival en este tipo de espectáculos.

Don Eugenio Pereira Salas conserva algunos programas impresos de este artista. En uno de ellos se lee:

PARA EL DOMINGO Y JUEVES PROXIMO TITERES

- | | |
|-----------------------|---|
| <i>Primera Parte:</i> | <p>"El frasco obediente"</p> <p>"El saco ponedor de huevos"</p> <p>"El mono obediente"</p> <p>"La carta quemada".</p> |
| <i>Segunda Parte:</i> | <p>"Burlas del Hombre Mal Casado por los tres ladrones. Don Cristóbal y toda la compañía".</p> |

Un rival serio de Jeria lo fue José Santos Fernández, originario de Concepción y que se presentó todos los fines de semana desde 1871 en el reñidero de gallos de la Plaza Andrés Bello (Parque Forestal).

Uno de los programas que data de agosto de 1871, que también conserva en su poder el señor Pereira Salas, anuncia lo siguiente:

PROGRAMA

1. "Gran saludo por la familia de los plenipotenciarios".
2. "Una cueca bailada por la misma familia de medio cuerpo".
3. La muy jocosa y divertida escena que lleva por nombre: *Los dos amantes*.
4. El alegre sainete que lleva por nombre *"El Cura de Peñas Lauchas"*.
5. Gran polka bailada por dos parejas de las mismas figuras. Esta será ejecutada con toda exactitud.

6. Un célebre acto cómico titulado: *Los amores de Polichinela*.
7. El muy divertido sainete, cuyo título es *El Médico y la Salud*.
8. Percance de la vida. Polichinela será sentado en en el patíbulo y terminará con resurrección improvisada.
9. Federico y el misterioso. Estos ejecutarán una célebre pantomima titulada *Los Monos de Guayaquil*.
10. La muy célebre petipieza que terminará la función. A esta se le da el nombre de *El Diablo en las Tullerías* y *La Batalla de Polichinela*.

En aquellos años eran tan populares los títeres, que muchas veces llegaron a rivalizar seriamente con el teatro y en algunos casos lo superaron. César Valdés cuenta en su obra "Recuerdos de otros tiempos", en un cuadro de costumbres que titula "El Peneque", que en cierta oportunidad cuando se organizó un teatro en la calle Agustinas esquina Bretón hubo intensas discusiones sobre el tipo de espectáculos que se iba a presentar en el tablado. "Opinaba uno porque se diese una función de títeres en que don Cristóbal, rivalizando con Zamullo y "Mamá Laucha", hicieran desternillarse de risa a los espectadores"¹¹. Definitivamente que se optó por los títeres.

Constituyó una costumbre obligada del santiaguino a partir de 1875 asistir a las presentaciones que realizaban "los títeres dirigidos por el maestro Tapia, que hizo célebres a sus monos de palo Don Cristóbal y Mamá Laucha"¹². Gustaban tanto los muñecos del maestro Tapia, que muy pronto se levantaron numerosos retablos al influjo de este artista. Famosísima se hizo en la capital la calle Duarte, donde la fabricación de títeres fue una industria popular, destacándose en el ramo el carpintero Manuel Urizar de la calle Santa Elena.

Fue tal la popularidad de este titiritero que durante el conflicto bélico entre Chile, Perú y Bolivia en 1879, se le obligó a acompañar las tropas chilenas al frente de combate. En el campamento de San Francisco sus muñecos favoritos, Don Cristóbal, Mama Clara, Don Canuto de la Porra y el Negro hicieron las delicias de los corajudos soldados nacionales.

Otro titiritero que haría las delicias de los campamentos militares chilenos, fue el popular negro "Espejo", artista que posteriormente lo veremos animar numerosas temporadas en Valparaíso y en Santiago. Espejo acompañó a las tropas nacionales en su entrada a Lima y de éste, don Francisco Encina en su "Historia de Chile" nos relata una sabrosa anécdota en la cual participaron destacadas figuras chilenas.

Cuando las tropas criollas ocuparon Lima, surgieron una serie de roces entre los jefes militares y las autoridades civiles nacionales. En general existía un gran malestar entre las tropas, dirigido contra el "cucalón" o sea el civil que representaba oficialmente al Poder Ejecutivo. A éste se le acusaba de intruso y de tratar de arrebatarse las glorias, que por derecho correspondían a los militares. En esa época había sido designado Ministro de Guerra del Gobierno de don Domingo Santamaría, un civil, don José Francisco Vergara. El hecho a que nos referimos lo describe en los siguientes términos Encina:

"Los oficiales de artillería, aprovechan la llegada del Ministro a Tacna para jugarle una pasada que, atendiendo a su carácter explosivo, seguramente provocaría un incidente grave, que esperaban culminara con la renuncia del intruso "cucalón". Se daba en la noche del 13 de octubre, una función de títeres, a la cual se invitó al ministro, llegado ese mismo día. La función se desarrolló entre grandes aplausos hasta su penúltimo número. Pero en el final, el "negro" Espejo, que era su director, hizo desfilar un crecido número de monos vestidos de militares y cubiertos de plumas y entorchados. "Señor", preguntó Federico a don Cristóbal ¿qué significa tantos entorches? Esos entorches, Federico son los "dragoneantes" ¿Dragoneantes a qué, don Cristóbal? —A general en jefe, Federico". Luego desfiló un crecido número de "cucalones", con su clásico sombrero.

"—Señor don Cristóbal" —preguntó— "¿y tanto caballero? Esos caballeros, Federico, son "cucalones", es decir los futuros vencedores de Lima y Callao, que se llevarán la gloria de la campaña y la riqueza del salitre".

Vergara, en vez de amoscarse, hizo coro a la sonora carcajada de Lillo, y aunque de malas ganas, hicieron lo mismo los "entorchados"

En la Guerra Civil de 1891 tampoco estuvieron ausentes los títeres, ya que surgieron como poderosos portadores de las fuerzas antigobiernistas. A través de estos retablos se logró burlar la rígida censura de prensa y se logró propalar numerosas noticias sobre los acontecimientos nacionales que se desarrollaban en ese conflicto. Comedias o sainetes como "La Cadena Misteriosa", donde intervenían los consabidos Don Cristóbal, Mama Clara, Marruecos, Catufa y Chuletín, sirvieron a los antibalmacedistas para llegar hasta los diversos sectores de la población.

Era tradicional en aquella época que en los días de Fiestas Patrias se organizaran grandes funciones de títeres, que eran acompañadas por el batir de las

zamacuecas y las melodías siempre alegres de las guitarras y arpas. Por ejemplo, el 18 de septiembre de 1871, la Municipalidad de Santiago comprendiendo el interés que existía por estos espectáculos contrató la compañía del maestro Fernández para una serie de funciones en la ciudad. Un diario de la época destaca este hecho en su editorial:

"Se nos olvidaba lo más importante y tal vez lo mejor de las fiestas para nuestro público. Como ésta es una novedad muy agradable para cierta clase de nuestra sociedad, que gozan con los monos de palo y con los pequeños argumentos que se encargan de desarrollar los titiriteros con palabras y dichos agudos, refranes vulgares, cargaditos de ají algunos, con "chansonetas" y "puyas" a este o aquel, más que cualquiera otro espectáculo más culto y tal vez más moral. Seríamos capaces de apostar que no menos de dos mil personas van a reunirse mañana en el óvalo de San Miguel en la noche de mañana y del veinte, que son los días señalados para que tengan lugar los dichos títeres".

Estas funciones en la mayoría de los casos producían gran revuelo público a causa del subido color de los diálogos y de sus argumentos. Generalmente intervenía la fuerza policial para mantener el orden y apaciguar los ánimos del público.

Con motivo de la transformación del Cerro Santa Lucía, obra del Intendente Benjamín Vicuña Mackenna, se creó en la falda del cerro un teatro al aire libre, que años más tarde pasaría a llamarse "Huelén". Allí, desde 1875, se organizarían numerosas representaciones de títeres y que iniciaría con mucho éxito de público el maestro Gacitúa.

No hay duda que los personajes que mejor interpretaron el espíritu de nuestro pueblo fueron el popularísimo Don Cristóbal y Mama Laucha o Doña Clara. El primero, era un personaje tradicional importado de España, pero que con el tiempo fue adquiriendo formas y rasgos más criollos, hasta tomar definitivamente carta de ciudadanía en nuestro país.

El popularísimo Cristobito andaluz dejó de ser el prototipo del "eterno cornudo" o amante frustrado u hombre de la cachiporra, para transformarse en un personaje más nacional, con todos los aliños morales y picardía de nuestro criollo. Era el héroe invencible de todas las farsas y de las comedias para títeres. Era el portavoz de las alegrías, de las tristezas, de las rebeldías, de las esperanzas de nuestro hombre de pueblo.

Un escritor nacional lo recuerda desafiando al cielo y la tierra, y diciendo a grandes voces: "Yo soy Don Cristóbal. ¡Hopa, hopa, hopa, cacareando como un gallo y borneando su gorro". Era éste rubio, muy

colorado (algunos decían que a causa de tragarse con mucha frecuencia su picardía) y sus enemigos, a quienes despachaba con certeros cabezazos, eran generalmente presentados con barba y siempre pálidos.

Doña Clara o Mama Laucha, era una mujer hombruna, comadrera, peleadora, muy amiga de andar metida en todo lo ajeno y que aparecía en escena al grito de "¡Hupa, hupa, gruupa, cachupa, hupa, hupa!".

El célebre "Josecito debajo del mate" es otro personaje que se constituyó en un héroe de chicos y grandes. Vicente Pérez Rosales en sus "Recuerdos del pasado", se refiere a él en los siguientes términos: "los títeres, verdaderamente precursores del teatro, cuasi ocupaban por entero su lugar, así que muy de tarde en tarde hacían olvidar los chistes del antiguo Josecito, hoy don Pascual"¹³. El nombre de este personaje pasaría al repertorio del lenguaje popular como sinónimo de hombre distraído y tonto.

Era costumbre que los provincianos que llegaban por primera vez a la capital se sintieran inmediatamente atraídos por las pilas de agua, los monumentos, las recargadas fachadas de los edificios, las tiendas y todo aquello que no existiendo en provincia abundaba con profusión en nuestra capital. "Los títeres, el volantín y la retreta eran sus espectáculos favoritos"¹⁴, escribe Pedro Ruiz Aldea.

El periódico "El Verdadero Liberal", del 22 de junio de 1827, nos habla de un teatro improvisado por un tal Carlos Fernández para representar obras en general y que según el cronista "más parecía un corral de títeres que una verdadera casa de comedias". El patio estaba amoblado con unos incómodos bancos de madera que servían de platea. De hecho hay un reconocimiento tácito de la existencia de los "corrales de títeres" al estilo de los de España.

Los muñecos eran en su mayoría de madera, toscamente tallados, con escasa indumentaria y sin brazos. El retablo consistía en una simple cortina por sobre la cual se mostraba de medio cuerpo arriba. No todos los titiriteros poseían un retablillo completo, ya que la mayoría de ellos recorrían el país acompañados solamente de sus muñecos y el teatro lo improvisaban en los lugares donde hacían sus representaciones.

Las Plazas de Armas tienen para nuestro pueblo una significación especial, ya que en ellas se ha venido volcando por años toda la alegría y jolgorio público. Las diversiones que se desarrollaban allí eran de carácter abierto, colectivo y anónimas. Los teatros de títeres eran los eternos animadores de estos lugares y aún perdura en la conciencia popular que los títeres tuvieron sus instantes más felices en las pequeñas o grandes plazas de las aldeas o de las ciudades.

Algunos estudiosos del folklore han creído encontrar una ligera manifestación de arte titiritesco en la labor de los "santeros" de mediados y fines del siglo XIX. Estos eran artesanos, probablemente campesinos que se entregaban a la labor de confección de efigies de santas y figuras de tipo religioso en yeso, madera o barro. Muchas de estas figuras eran articuladas o movidas por un palo que iba fijo a un pedestal en donde se apoyaba la figura. Los motivos que se organizaban eran generalmente retablos de navidad o nacimientos. De estas manifestaciones encontramos numerosos antecedentes, que nos muestran quizás una actitud natural de nuestro pueblo a darle movimiento a estas figuras que confeccionaban. Miguel Luis Amunátegui nos dice que "durante la Colonia, La Pascua de Navidad se celebraba a veces con la representación de autosacramentales y siempre con la exhibición de nacimientos en varias casas particulares".

En la parte principal de muchas mesas construidas al efecto y situados en una sala espaciosa, se presentaba en el pesebre al niño Jesús colocado entre la virgen María y San José y los Reyes Mágicos.

"El descabezamiento de San Juan Bautista, la fuga de Egipto, la degollación de los inocentes y otros episodios de la misma especie ocupaban los lugares restantes".

"Figuritas de madera, de cartón, de pasta, de losa y de greda, representaban los personajes puestos a la

expectación pública entre búcaros artificiales y naturales.

"La gente se agolpaba a contemplar aquel escenario en miniatura".

(Concluye en el próximo número)

BIBLIOGRAFIA

- ¹Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*.
- ²Miguel Luis Amunátegui, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*. Edición Oficial, 1888, Santiago.
- ³Paul Mcpharlin, *Puppets in America since 1739 to day*. Horpers and Brothers, 1942, Santiago.
- ⁴Nicolás Anrique, *Ensayo de una Bibliografía dramática chilena*. 1899, Santiago.
- ⁵Nicolás Anrique, *Ensayo de una...*
- ⁶Gustavo Opazo Maturana, *Historia de Talca*. 1942, Talca.
- ⁷J. E. Varey, *Historia de los títeres en España*. Revista de Occidente, Madrid, 1957.
- ⁸Varey, *Historia de los títeres...*
- ⁹Varey, *Historia de los títeres...*
- ¹⁰Manuel Abascal Brunet, *Apuntes para la historia del teatro en Chile*.
- ¹¹César Valdés, *Recuerdos de otros tiempos*. Tomo 1, Valparaíso, 1897. Artículo "El Peneque".
- ¹²Oreste Plath, *Juegos y diversiones de los chilenos*. Apartado del Boletín de Educación Física, 1946, Santiago.
- ¹³Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado*.
- ¹⁴Pedro Ruiz Aldea (Horacio Silva), *Tipos y costumbres chilenas*. Artículo "Los Provincianos", 1894, Santiago.